

# VALENCIA

Valencia en feria. Tracas, corridas de toros, conciertos de bandas y batallas de flores...

La fiesta empieza con una traca y termina con otra traca. Durante la feria se disparan otras cuarenta tracas. Todas las noches hay en el cielo de Valencia mil estrellas más. Estrellas de colores que dejan en el azul obscuro del cielo una estela de luz. Después se rompen en una lluvia de fuego, verde, roja...

Tal vez ningún otro pueblo de mayor luminosidad a sus festejos. Estos son un derroche de sol, de belleza en las mujeres, de pólvora...

Este año hubo que luchar con muchos obstáculos para celebrar la feria. El alcalde, nuestro correligionario Juan Bort, republicano entusiasta, los ha vencido todos. A él se debe la feria de este año, más brillante que la de los anteriores.

Hay mucho dinero en Valencia, en la buerta. Sobre la ciudad han volcado sus poblaciones todos los pueblos de la provincia. Ha habido magníficas cosechas y bastantes permisos para exportar. Se ha apretado cuanto se ha podido.

Los labradores vienen a Valencia a gastarse unos centenares de duros. Después volverán a sus casas, a trabajar la tierra roja de los parajos ó los campos fangosos de arroz ó los mares verdes de los trigales, a sufrir la plaga de los mosquitos; a liarse a guitarrazos, alguna vez, a la puerta de una barraca, ó a dejar oír por las noches el encanto de «unos albaes».

Estos días están borrachos de sol, de cohetes y de asombro al ver tantas mujeres guapas.

Después de las corridas de toros y de la batalla de flores, el número de festejos que más forasteros atrae es el concurso de bandas. En esta feria, es el festejo que más interesa en Alicante. Viene nuestra banda municipal, a luchar y a veacer. Lo merecen nuestros músicos y su gran director D. Luis Torregrosa.

El concurso de bandas es el más pintoresco de todos los festejos de feria. Todos los pueblos de la provincia, aun el más insignificante, tienen su banda; algunos tienen dos: «La Primitiva Filarmónica» y «La Nueva Musical», ó bien, «La Primitiva Musical» y «La Nueva Filarmónica».

El honor del pueblo está, cuando la banda viene a Valencia, en la batuta del director.

Cuando hay dos bandas, la batuta de cada director dispone del honor de la mitad del pueblo.

Los pueblos de Valencia esperan el anuncio del concurso de Feria con la misma ansiedad que los telegramas de Londres con el precio de la naranja. Han estado todo el año ensayando con Wagner y Stravinsky. El obrero del campo ha dejado todas las tardes el azadón, ha cojido su clarinete y ha estado dos horas en la Academia, haciendo estudios, increíbles en un hombre que seguramente no sabe leer.

Por fin, llega el día del concurso,

donde han de recoger el premio á todos esos desvelos.

En la plaza del pueblo se reúne la música; suena un pasadoble. Hacia la estación. Y el pueblo en masa, viejos y pequeños, mujeres y hombres, viene con la Banda á Valencia, dispuestos á que «su música» se lleve el primer premio.

Llega el día del concurso. La plaza de toros está repleta. Todos los de un mismo pueblo se sientan juntos. Empieza el desfile de las bandas. Los pasadobles. A cada banda la aplauden sus partidarios. El resto del público, calla. Cada uno espera que salga su banda.

Empieza el concurso. Oyen ocho, diez, quince veces la misma obra musical. No se fatigan. Además saben cuando han de aplaudir,

El jurado está calificando. Esperan los directores, rodeados de los músicos y estos de todo el pueblo. Todos están muy serios y nerviosos. Como si de aquel fallo dependiesen las cosechas. Se está discutiendo el honor del pueblo.

Por fin se hace público el fallo. La banda premiada ataca un pasodoble.

Los del pueblo se vuelven locos, saltan cantan, corcan el pasadoble.

Algunos años surgen protestas. Discuten los músicos premiados con los fracasados. Toman parte los del pueblo:

—¡Lladres!

«Bos cuantos garrotazos, chillidos de las mujeres, dos «trompas» y nada más.

Tatarará, tatarara, tararí, rirí...

Los músicos fracasados se dirigen muy callados, muy tristes a la estación. Detrás de ellos va todo el pueblo, con gran tristeza, como si fuesen al entierro del honor de su pueblo.

Liegan a sus casas:

—¡Lladres!

Hasta el año que viene.

La banda premiada se queda en Valencia. Recorre todas las calles. Los músicos dan pruebas incomprendibles de resistencia. Tocan doscientos pasadobles. Los viejos del pueblo van detrás, apenas pueden seguirles. Los jóvenes, chicas y mozas, delante, corriendo, cantando, apretujándose, borrachos de alegría, por lo menos.

Tocando pasadobles, amanece el nuevo día. El director ya no puede con la batuta, en cuya punta lleva, a salvo, el honor del pueblo.

La batalla de flores. En la Alameda, junto a los jardines fantásticos de Valencia, junto al Turia, el poético Guadalaviar.

Cada coche es una fuente de claveles, de rosas. Con las flores mismas se confunden las mujeres.

Sobre las aguas del Guadalaviar serpentean los mil colores de los cohetes. Es como una noche fantástica y sensual. La última traca. La «cauterella» final. Parece un cañonazo.

Ha terminado la feria.

Carlos ESPLA  
Valencia—Julio—1919

1.2a/1928

A.P.C.E.  
SIG.: 1.2a/404